

—Sí, sí; pero en el momento en que ese barón escribía á esa joven la carta que aquí ves —y mostró *Le Temps*, indicando el sitio en que la insertaba—expedía otra abrasadora á otra mujer de más edad é infinitamente menos atractiva...

—¿Es posible?

—Es cierto.

—Han podido engañarte.

—No.

—¿Por qué?

—Por una excelente razón.

—¿Cuál?

—Que las cartas estaban dirigidas á una persona que conozco mucho.

—¿A tí tal vez?

—Tu lo has dicho.

—¿Cómo se atrevía?...

—Llevó su audacia mucho más lejos.

Entonces la señora Chagny contó, con mucha gracia, la escena que había tenido lugar en su casa con todos sus detalles, y concluyó diciendo:

—Comprenderás que el hombre que de esa manera se conduce, no es sincero cuando escribe á una joven: «Os adoro hasta el punto de poner á vuestros piés todo lo que puedo ofrecer, mi apellido, mi fortuna y mi mano...» mentía como un simple saca muelas.

—Sí —dijo Magdalena.—¿Pero con qué fin?

—Hé ahí el misterio.

El conde estaba pensativo.

El asunto Caylus se complicaba extraordinariamente.

De pronto la rubia se volvió hacia él.

—¿No es verdad, coronel,—preguntó—que

es extraordinario lo que pasa? ¿Cómo concluirá esto?

—A fe mía que no lo sé, pero hay un hecho que me llama la atención.

—¿Y es?

—Que vuestro vecino, que pasa desde hace mucho tiempo por un gentleman á la moda del día, no es más que un simple bandido.

—¡Oh!

—Por mi parte lo he creído así siempre, pero puedo engañarme... ¡Esperemos!... ¡El que viva lo verá!

XIII

La explosión.

La carta del barón Máximo Saint-Aubin á Aurora Milton, aquella carta en que la pedía en matrimonio, ofreciéndola sacarla de la miseria en que se encontraba y elevarla hasta él, todo esto por amor, había sido vendida.

¿Por quién? Por nadie, por un desconocido.

Varios periódicos la publicaban íntegra.

Únicamente los nombres eran los que no se ponían: se designaban por iniciales.

La joven pobre, detenida en un principio, conducida al Depósito y trasladada en seguida á San Lázaro por orden del señor Danglas, juez de instrucción, la designaban por sus iniciales A. M.

Esto era demasiado oscuro para que se pudiera descubrir quien era.

Pero el barón M. S. A., avenida del Bosque de Bolonia, *sportsman* bien conocido, buen jinete, excelente tirador y gran jugador, estaba

tan claro que no podía dudarse un instante sobre su personalidad.

Olimpia Andral, desde el crimen del puente de la Tournelle, estaba agitada por una fiebre de remodimientos y de temores que aumentaban de día en día.

No salía de casa y leía con la mayor atención todos los periódicos, para ver lo que decían respecto á su asunto.

Y á cada periódico que leía crecía su ansiedad.

Aquel día había ido al hotel Saint-Aubin á fin de tranquilizarse hablando con su amante.

No encontró allí más que á Piriac, desorientado, lleno de temores como ella, y despavorido, como si hubiera oído chasquidos y temido ver derrumbarse sobre su cabeza el tejado de aquella casa donde se albergaba desde hacía tanto tiempo.

Ahora bien, desde hacía veinticuatro horas, se anunciaba como un hecho vanal la desaparición de Bernardo Chavarux, cuyo cadáver yacía en el fondo de las aguas, en el Sena.

Jesús Piriac, ignoraba sin duda alguna, cómo y por qué había sido retirado de la circulación aquel Chavarux, pero sabía que había estado en el hotel Saint-Aubin, que estaba en relaciones con el barón, que se habían visto varias veces, y encontraba una correlación entre la desgracia de que se hablaba y aquella amistad de algunos días.

Además, él no había dejado de notar en la cara del barón, su antiguo compañero de regimiento, terribles angustias, visibles sobre todo cuando le sorprendía solo en su cuarto y le abordaba de improviso.

Piriac no sabía nada seguro. Pero había visto; había reflexionado y temía una catástrofe próxima, como se siente la tempestad por ciertas impresiones inexplicables.

La visita de Olimpia no era para tranquilizarle. Llegaba turbada, la frente llena de arrugas, la mirada biliosa.

—¿Máximo?—preguntó.

—El señor barón ha salido.

—¿A dónde ha ido?

Piriac vaciló en contestar.

Olimpia preguntó de nuevo con voz mal humorada:

—¿A dónde ha ido?

El bretón se decidió.

Después de todo, era un hecho que ella no podía dejar de conocer más temprano ó más tarde.

—El señor barón ha sido citado para comparecer ante el juez de instrucción.

—¡Ah!

Olimpia desconocía el arte de disimular sus impresiones.

Dió un paso hacia atrás y se puso lívida.

—¡El juez!—balbució.

—Sí, señora... Ante el señor Danglas... quien está encargado del asunto de Caylus... ¡Bien sabéis, ese asunto que hace tanto ruido!

Sin decir una palabra entró en el salón, se colocó delante de un espejo y se pasó el pañuelo por la cara.

Piriac no se separaba de ella.

Aquella visita, la aptitud de aquella mujer que él sabía era tan firme, tan voluntariosa y que veía tan abatida, era para él una revelación.

¡Terribles acontecimientos debían tener lugar!

—¿Cuáles?

—Temía saberlos aunque lo deseaba mucho.

—Tenía cariño á su amo, que le había recogido.

—Como Olimpia callaba, él repuso:

—¿Hubierais deseado verle?

—Tengo que hablarle.

—¿Si es para alguna cosa que yo pueda decirle?...

—No.

—Hubo un nuevo silencio.

—La cara de Olimpia se ponía cada vez más sombría.

—¿De modo que ha sido llamado al Palacio de Justicia?

—Sí.

—¿Para qué?

—Lo ignoro.

—¿A qué hora salió?

—Cerca de las once.

—¿Qué aire tenía?

—El de siempre... Perfectamente tranquilo. Habrá sido, con seguridad, para alguna declaración...

—¿Y estos últimos días?...

—Habéis debido verle.

—Ni una sola vez.

—Olimpia añadió con sorda irritación:

—Ha estado, sin duda, ocupado en otra parte.

—¿A donde, pues?

—¿Qué sé yo?... Anteayer, por ejemplo.

—Comió en el Círculo.

—¿Estáis seguro de eso?

—Creo estarlo,

—¿Y después?

—Volvió á casa entre diez y media y once.

—¿No notásteis nada, Piriac?

—Nada.

—Olimpia respiró.

—Estos detalles parecieron devolverla un poco de calma.

—La conversación decayó.

—Piriac salió de la habitación y Olimpia, pasados algunos minutos, falta de paciencia, llamó y el bretón se presentó de nuevo.

—Veo—dijo—que no viene. Decidle que tengo necesidad de verle; que vaya esta tarde á la Avenida de Victor Hugo, que yo lo quiero, ¿entendéis? ¡Que yo lo quiero!

—Y al decir estas últimas frases golpeaba el suelo con el pie.

—Está muy bien—contestó.

—¿Lo haréis?

—Tan luego como llegue el señor barón.

—En eso confío.

—Salió.

—Piriac la vió alejarse, con la cabeza baja, los labios oprimidos, la angustia pintada en su cara, tan marchita en pocos dias por su miedo, como si hubiera pasado una enfermedad de seis meses.

—Cuando entró en su casa, leyó de nuevo los periódicos de la mañana y esperó con impaciencia que llegaran los de la noche.

—Por fin pudo leer el pasaje que debía tener para ella el mayor interés.

—En la mayor parte de los periódicos ocupaba lugar preferente el asunto Caylus.

—La antigua reina de los boulevares exterior-

res pudo leer, primero con estupor y después con indignación, el suelto que sigue:

«El juez de instrucción, señor Danglas, ha oído hoy á dos personas que se han presentado á él con distintas condiciones.

»La primera, de la que no daremos más que las iniciales, mientras que podemos dudar de una culpabilidad que no está todavía probada, la señorita A. M., ha estado en el despacho del juez desde las once hasta las doce menos cuarto.

»Nada se ha traslucido de sus contestaciones al interrogatorio que ha sido sometida.

»Diremos, sin embargo, que al salir del despacho del señor Danglas ha sido conducida á San Lázaro, lo que parece indicar que el juez reunía contra ella serios cargos.

»Hasta ahora no conocemos ninguno de ellos.

»La segunda persona citada no lo ha sido más que á título de testigo y como para suministrar informes útiles.

»Es una de las notabilidades del *sport*, una de esas estrellas del todo París, sin las cuales parece que no puede haber ni fiestas ni estrenos, el barón M. S. A., cuyo hotel está situado en la avenida del Bosque de Bolonia.

—Podemos dar á nuestros lectores un detalle precioso en honor de este *gentleman*.

»Había ofrecido á esa joven casarse con ella, aunque ella se hallaba en la mayor miseria.

»Hemos podido procurarnos la carta en que el barón trasmite su proposición á esa joven, cuya belleza es de las más notorias.

»Añadiremos que, según informes adquiridos en buenas fuentes, une á su belleza una

abnegación, un valor y una virtud que hacen absolutamente inverosímiles las sospechas que la han mezclado en el drama de la calle de Vanneau y las vagas acusaciones que contra ella se hacen.

»He aquí el documento, que publicamos á título de curiosidad y cuya autenticidad garantizamos.»

Seguía la carta dirigida por el barón Máximo á Aurora Milton dos días antes del asesinato del marqués de Caylus.

Olimpia la leyó y releyó con creciente cólera.

No podía creer á sus ojos.

Dé modo que el barón la engañaba al decirle pocos días antes, en aquella misma habitación, que si quería hacer desaparecer á Bernardo Chavarux era porque el pasante conocía el secreto de su asociación con los falsificadores de Londres, Savil y Count!

¡Mentira!

Si él la había tomado por un instrumento del crimen, había sido porque quería que ella no pudiera impedir que persiguiera á aquella joven que quería hacer su mujer.

Esto era claro.

La intriga en que estaba comprometido era aquel matrimonio á que aspiraba.

Olimpia comprendía que el marqués de Caylus había muerto también porque le disputaba su presa.

Claro está que de esto último no estaba segura.

Saint-Aubin no le había hecho ninguna confidencia respecto á este asunto.

Sí, por causa de aquella joven había hecho

desaparecer al pasante que le hacía sombra.

Por la misma causa habrá matado al marqués de Caylus.

No tenía la menor duda; la amaba, puesto que se lo decía, puesto que llegaba hasta ofrecerle su apellido y escribía: «No quiero vivir más que para vos.»

Al leer esto, la sangre se la subió á la cabeza, y en un acceso de furor dijo:

—¡Cómo voy á vengarme!

Y dirigiéndose á una mesita que le servía de escritorio, tomó papel y pluma y escribió lo que sigue:

«Señor barón: Os habreis preguntado muchas veces, con cierta desconfianza, de dónde proviene el dinero que sirve á vuestro hijo para llevar un tren de príncipe.

»Voy á deciroslo.

»Soy una mujer engañada.

»Esto os explicará el paso que doy.

»Al escribiros me vengo, y tal vez me vengaré mañana más terriblemente.

»Desde ese rincón de provincia donde os hallais, tal vez habréis oído hablar de los billetes falsos del Banco, que circulan desde hace años, y cuyo autor se busca en vano.

»Vuestro hijo, mi amante, Máximo Saint-Aubin, es uno de los falsificadores.

»Los billetes se fabrican en Londres, en casa de sus socios los señores Savil y Count, dos supuestos banqueros en Kensington.

»Lo que vuestro hijo ha sacado de eso es incalculable.

»Teniais razón en rechazar las sumas cuyo origen no os parecía claro.

»Ahora lo conoceréis.

»Otro lo reconocerán también.

»No es esto todo. Un joven de vuestro país ha desaparecido desde hace pocos días.

»Los periódicos empiezan á ocuparse de él.

»Se llamaba Bernardo Chavarux.

»Vais á temblar.

»Ese joven no volverá á aparecer.

»Ha muerto.

»Si quieren encontrarle, no tienen más que registrar el Sena, en las inmediaciones del puente de la Tournelle.

»No es prudente para nadie el ponerse á través de los proyectos del señor barón Máximo de Saint-Aubin.

»El es quien ha matado á ese Bernardo Chavarux.

»¿Por qué?

»Yo no podría deciroslo, pero estoy segura de lo que digo, por una razón muy sencilla.

»El mismo me lo ha confesado.

»La razón que me ha dado es esta y debe ser una mentira.

»¡Ese joven conocía la historia de los billetes falsos!

»Yo sospecho que las causas de ese asesinato han sido otras.

»Aun hay más.

»El joven marqués Raimundo de Caylus, á quien he tenido la satisfacción de ver en la peligrosa compañía de vuestro hijo, ha sido asesinado hace dos días.

»No podré afirmar lo que voy á deciros, porque no he oído ni visto nada.

»Pero no por eso es menor mi convicción.

»La mano que ha herido al marqués de Caylus me es conocida.

- »Es también la de vuestro hijo.
 »¿Asesino ya una vez, qué le costaba serlo dos?
 »¿Y quién sabe si no es por la misma causa?
 »Máximo quería casarse con una joven á quien el marqués quería hacer su querida. Esto es lo que acabo de saber por los periódicos que publican su carta.
 »¡Cuándo yo os decía que es preciso no hacerle sombra!
 »He concluído.
 »Para decirlo todo, me creo tan segura de este último crimen como de los otros dos.
 »Pues bien; no se casará con esa joven, á quien prefiere porque yo he envejecido y ella es joven.
 »Os lo juro.
 »¿Es esa su única razón?
 »Pienso que debe haber otra.
 »¿Cuál?
 »La ignoro.
 »¡En todo caso, me ha mentido! Yo no miento al acusarle.
 »Lo que os digo es la pura verdad.
 »Tengo el honor, señor barón de ser vuestra servidora.

»OLIMPIA ANDRAL.»

Cuando concluyó la carta puso el sobre:

»Señor barón de Saint-Aubin.—En la Torre Blanca, cerca de Champeix.
 Puy-de-Dome.»

Se echó sobre los hombros un abrigo, se puso el sombrero, y llevando en la mano la

carta, que no quería confiar á nadie, bajó la escalera.

Aun era tiempo.

Saint-Aubin hubiera podido llegar.

Esperó en la puerta.

Este era el minuto de gracia.

No llegó.

Y entonces, exasperada, corrió y la depositó en la primera estafeta que encontró.

No había hecho más que separarse de la estafeta, cuando un hombre vestido de paisano, modestamente puesto, á fin de pasar desapercibido para todo el mundo, entró y pidió hablar con el jefe.

Cuando, minutos más tarde, salió de allí, llevaba una fotografía de la carta de Olimpia Andral.

El Cuasimodo de la Seguridad era á todas luces un personaje inmundo; pero conocía los elementos de su oficio.

Cuando el agente le entregó la copia de la carta dirigida por Olimpia al barón Máximo, lanzó un hurra de triunfo.

Lo que tenía entre sus manos era más que la clave del asunto.

Era una fortuna.

Dió sus órdenes, encargando el silencio, hizo guardar de vista el hotel Saint-Aubin, y tomando un coche corrió al Banco de Francia.

Cuando á las ocho en punto salió de él estaba radiante de alegría.

De una pedrada había matado tres pájaros.

Conocía el autor del asesinato de Bernardo Chavarux, al asesino del marqués Caylus y al falsificador que desde hacia tantos años inundaba al país de billetes falsos.

En aquellos momentos la carta de Olimpia Andral corria en el tren hacia las montañas de Auvernia.

XIV

Una mañana enojosa.

La vispera, el señor Marcelo Danglas no había salido del Palacio de Justicia sin ser mortificado por sentimientos diversos que lo ponían en la situación de un individuo que al salir de un banquete siente que la digestión es laboriosa.

Se mordía los labios de despecho por haber cedido á los impulsos de su mujer, que quería á todo trance para él la dirección del ruidoso asunto de la calle de Vaneau.

La faz sarcástica del escribano le perseguía hasta en su interior, tan confortable de la calle Cambon, en donde el ingrato no consideraba más que un objeto más á la mujer á quien debía sus esplendores.

Además, ahora que conocía el retiro de su víctima, Elena de Solmes, volvía á sentirse presa de los deseos que ella le había inspirado tan violentamente en otros tiempos.

Elena, sin estar dotada de una de esas bellezas triunfantes que imponen la admiración, tenía en su favor la gracia, la seducción y la imaginación.

La *soirée* pasó para el juez en meditaciones que no conducían á nada bueno.

A las preguntas de su mujer, se contentó con responder con fórmulas evasivas, oprimiendo los labios á la manera de las gentes

que no quieren dejar escapar un secreto ó que se absorben en un abismo de árduos problemas.

—¿Tan interesante es esa joven?

—¡Oh!

—¿Culpable?

El comenzaba á dudar.

—¿Se llama?...

No estaba seguro... Ella no daba más que contestaciones ambiguas, pero se lisongeaba de que la arrancaría la verdad.

Entretanto la había mandado á San Lázaro para obligarla á hablar.

Por el contrario, cuando se trató de satisfacer la curiosidad de la señora Danglas respecto á la casita del marqués de Caylus, estuvo muy expansivo y concluyó diciendo:

—Una alhaja, una maravilla de gusto, querida mía, allí no hay ni un mueble que no sea de la época... ¡Qué de riquezas poseen esas familias antiguas!

Terminada la comida, pretestó una neuralgia repentina y se encerró en su cuarto.

Pasó la noche intranquilo.

El recuerdo de Elena de Solmes no le dejó apenas cerrar los ojos.

Tenía prisa por hablarla.

Después de todo, ¿no le había pertenecido?

¡Tenía un hijo de él!

Si no era por ella, sería por su hijo por lo que aceptaría sus proposiciones.

Se levantó muy temprano y se dirigió de prisa á la calle de San Andrés de las Artes.

A las ocho entraba en la casa, en cuyo portal estaba la raposa con la escoba en la mano, desempeñando sus funciones.